

Viernes de la quinta semana de Cuaresma

SANTA MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

Fiesta

La presencia de la Madre y del Discípulo amado junto a la cruz de Cristo fue un hecho salvífico de extraordinaria importancia: allí, llena de fe y sumergida en un dolor inmenso y fecundo, la Virgen aparece como cooperadora de la redención, asociada por sus dolores de madre al sacrificio del Hijo; como nueva Eva, en la que se cumplió la profecía sobre la misión salvadora de la Mujer (cf. Gn 3, 15; Jn 19, 26; Ap 12, 1); como la Sion Madre, a la que saludan todos los pueblos diciendo: «Todas mis fuentes están en ti» (Sal 86 [87],7); como modelo de la Iglesia, que, contemplándola como Virgen intrépida, guarda íntegra la fidelidad prometida al Esposo (cf. LG 64); para los Siervos y las Siervas de María como la imagen que nos guía en nuestro empeño de servicio (cf. Const. OSM, 319).



Invitatorio

Ant. Vengan, adoremos a Cristo Redentor:
junto a la cruz está su Madre dolorosa.

El salmo invitatorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

Cuando el Autor de la vida
en el Calvario se inmola,
María, de su amor émula,
de su dolor une la hostia.

¡Oh heridas mutuas
del alma de la Pasión salvadora!
¡El Hijo sufre en la Madre
y ella en el Hijo solloza!

Los golpes contra Jesús
hieren la Madre en el Gólgota,
y le ciñe el corazón
de espinas igual corona.

Qué triste está quien feliz
le viera nacer otrora:
con cuanta agonía da a luz
nuevos hijos a la gloria!

A ti, Jesús, el honor,
que tanto dolor soportas,
con el Padre y el Espíritu
por la eternidad y ahora. Amén.

SALMODIA

Las antífonas se toman, a elección, de una de las tres series (A, B, C): cada una tiene su característica y estructura propia.

Antífona 1

Serie A La Madre estaba junto a la cruz,
sostenida por la fe,
fortalecida por la esperanza,
ardiente por el fuego de la caridad.

Serie B Tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria
en medio de mi amargura.

Serie C Mientras el Hijo
entregaba su vida al eterno Padre,
su Madre se ofrecía con él.

Salmo 3

Muerte y resurrección del Siervo fiel

Lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día (Hch 10,40).

Señor, cuántos son mis enemigos,
cuantos se levantan contra mí;
cuántos dicen de mí:
«Ya no lo protege Dios».

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,
tú mantienes alta mi cabeza.
Si grito invocando al Señor,
él me escucha desde su monte santo.

Puedo acostarme y dormir y despertar:
el Señor me sostiene.
No temeré al pueblo innumerable
que acampa a mi alrededor.

Levántate, Señor;
sálvame, Dios mío:
tú golpeaste a mis enemigos en la mejilla,
rompiste los dientes de los malvados.

De ti, Señor, viene la salvación
y la bendición sobre tu pueblo.

Serie A La Madre estaba junto a la cruz,
sostenida por la fe,
fortalecida por la esperanza,

ardiente por el fuego de la caridad.

Serie B Tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria
en medio de mi amargura.

Serie C Mientras el Hijo
entregaba su vida al eterno Padre,
su Madre se ofrecía con él.

[**ORACIÓN SÁLMICA**

Señor, escudo nuestro, escucha desde tu monte santo el clamor de los que te invocan: derrama sobre nosotros la bendición, que Jesús nos mereció muriendo en la cruz, y afiánzanos con la esperanza de la salvación, que él proclamó al despertar del sepulcro. Por Jesucristo, nuestro Señor.]

Antífona 2

Serie A La Madre estaba junto a la cruz;
mientras los discípulos huían,
ella se mantenía intrépida.

Serie B Atiéndeme y respóndeme, Señor;
confío en tu misericordia.

Serie C De un árbol Eva
desprendió el fruto de la muerte
y se lo ofreció a su marido;
del árbol de la cruz
María tomó el fruto de la vida,
y lo repartió a todos.

Salmo 12

Lamentación del justo que confía en el Señor

Hemos sido salvados en la esperanza (Rom 8, 24).

¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?

¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?

¿Hasta cuándo he de estar preocupado,
con el corazón apenado todo el día?

¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?

Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío;
da luz a mis ojos
para que no me duerma en la muerte,
para que no diga mi enemigo: «Lo he vencido»,
ni se alegre mi adversario de mi fracaso.

Porque yo confío en tu misericordia:
alegra mi corazón con tu auxilio,
y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho.

Serie A La Madre estaba junto a la cruz;
mientras los discípulos huían,
ella se mantenía intrépida.

Serie B Atiéndeme y respóndeme, Señor;
confío en tu misericordia.

Serie C De un árbol Eva
desprendió el fruto de la muerte
y se lo ofreció a su marido;
del árbol de la cruz
María tomó el fruto de la vida,
y lo repartió a todos.

[ORACIÓN SÁMICA

Graba, Señor, en nuestros corazones el recuerdo de la pasión de tu Hijo y el dolor de su Madre, para que, cuándo llegue la hora de la tribulación, abriguemos sus mismos sentimientos; así, confiando como ellos en tu misericordia, se alegrarán nuestros corazones con tu auxilio. Por Jesucristo, nuestro Señor.]

Antífona 3

Serie A Junto a la cruz
la Virgen gemía por la angustia de su corazón;
el dolor que soportaba era superior al martirio.

Serie B Guárdame, Señor, como a las niñas de tus ojos,
de los malvados que me asaltan.

Serie C La Virgen Dolorosa, junto a la cruz del Señor,
recibió como hijos a todos los hombres,
que el amor divino le había confiado.

Salmo 16

Oración del justo en la desgracia

[Jesús] en medio de su angustia oraba con más insistencia (Lc 22, 43).

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica,
que en mis labios no hay engaño:
emane de ti la sentencia,
miren tus ojos la rectitud.

Aunque sondees mi corazón,
visitándolo de noche,

aunque me pruebes al fuego,
no encontraras malicia en mí.

Mi boca no ha faltado
como suelen los hombres;
según tus mandatos yo me he mantenido
en la senda establecida.
Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,
y no vacilaron mis pasos.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras.
Muestra las maravillas de tu misericordia,
tú que salvas de los adversarios
a quien se refugia a tu derecha.

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tu alas escóndeme
de los malvados que me asaltan,
del enemigo mortal que me cerca.

Han cerrado sus entrañas
y hablan con boca arrogante;
ya me rodean sus pasos,
se hacen guiños para derribarme,
como un león ávido de presa,
como un cachorro agazapado en su escondrijo.

Levántate, Señor, hazle frente, doblégalo,
que tu espada me libre del malvado,
y tu mano, Señor, de los mortales;
mortales de este mundo: sea su lote esta vida;
de tu despensa les llenarás el vientre,
se saciarán sus hijos
y dejarán a sus pequeños lo que sobra.

Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante.

Serie A Junto a la cruz
la Virgen gemía por la angustia de su corazón;
el dolor que soportaba era superior al martirio.

Serie B Guárdame, Señor, como a las niñas de tus ojos,
de los malvados que me asaltan.

Serie C La Virgen Dolorosa, junto a la cruz del Señor,
recibió como hijos a todos los hombres,
que el amor divino le había confiado.

[ORACIÓN SÁLMICA

Inclina el oído, Padre, y escucha las palabras de tu Hijo, que clama a ti desde la cruz: él, hermano inocente, ruega por los hermanos pecadores, para que, reconciliados, sean admitidos a tu presencia; y en el último día, al despertar del sueño de la muerte, se sacien de la visión de tu rostro. Por Jesucristo, nuestro Señor.]

Y/. Escuchen, pueblos todos, y miren mi dolor.

R/. El Señor me ha dejado desolada, todo el día dolorida.

PRIMERA LECTURA

Del libro del profeta Isaías

52, 13-53,12

El siervo del Señor maltratado por nuestros pecados

He aquí que mi siervo prosperará, será engrandecido y exaltado, será puesto en alto. Muchos se horrorizaron al verlo, porque estaba desfigurado su semblante, que no tenía ya aspecto de hombre; pero muchos pueblos se llenaron de asombro. Ante los reyes cerrarán la boca, porque verán lo que nunca se les había contado y comprenderán lo que nunca se habían imaginado.

¿Quién habrá de creer lo que hemos anunciado? ¿A quién se le revelará el poder del Señor? Creció en su presencia como planta débil, como una raíz en el desierto. No tenía gracia ni belleza. No vimos en él ningún aspecto atrayente; despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, habituado al sufrimiento; como un del cual se aparta la mirada, despreciado y desestimado.

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo tuvimos por leproso, herido por Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Él soportó el castigo que nos trae la paz. Por sus llagas hemos sido curados.

Todos andábamos errantes como ovejas cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Cuando lo maltrataban, se humillaba y no abría la boca, como un cordero llevado a degollar; como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

Inicuamente y contra toda justicia se lo llevaron. ¿Quién se preocupó de su suerte? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo hirieron de muerte por los pecados de mi pueblo, le dieron sepultura con los malhechores a la hora de su muerte, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida como expiación, verá a sus descendientes, prolongará sus años y por medio de él prosperarán los designios del Señor. Por las fatigas de su alma, verá la luz y se saciará; con sus sufrimientos justificará mi siervo a muchos, cargando con los crímenes de ello.

Por eso le daré una parte entre los grandes, y con los fuertes repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y fue contado entre los malhechores, cuando tomó sobre sí las culpas de todos e intercedió por los pecadores.

RESPONSORIO

Is 53, 4a. 5. 6b

R/. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores: nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado. * Por sus llagas hemos sido curados.

V/. El Señor cargo sobre él todos nuestros crímenes.

R/. Por sus llagas hemos sido curados.

SEGUNDA LECTURA

De las Homilías del beato Amadeo de Lausana, obispo

(Homilía V sobre las alabanzas de la santísima Virgen María, passim: SC 72, pp. 138-156)

Estuvo al pie de la cruz en un mar de dolor

Conviene saber que hay dos clases de martirio: uno evidente, otro oculto; uno patente, otro recóndito; uno en el cuerpo, otro en el Espíritu.

Los santos Apóstoles y Mártires padecieron en el cuerpo, pues por amor a la verdad y por el testimonio de Jesús se entregaron a sí mismos y, unidos al sacrificio de Cristo, bebieron el cáliz del Señor; y así, a través de la cruz ascendieron a la gloria y por la muerte temporal alcanzaron la vida eterna. [...]

En cambio sufrieron en el Espíritu aquellos santos que soportaron una pena más honda que el dolor físico. Sufrió en el Espíritu Abraham cuándo se le ordenó que sacrificara a Isaac, el hijo único que tanto quería; cuándo se puso a prueba su afecto de padre y, compadecido de él, se estremeció hasta lo más íntimo de su alma. [...] Éste fue el sufrimiento de la Virgen gloriosa y triunfadora: la cual cuanto más gloriosa resplandece en el cielo, tanto más cerca esta de todos los hombres. Así es como se unió a la venerable cruz de la pasión del Señor; así es como bebió en el torrente del dolor: con unos sufrimientos nunca igualados por nadie. Corrió en pos de Jesús atraída no solo por la fragancia de los perfumes, sino también por la vastedad de los sufrimientos. No solo en los momentos de consolación, sino también en los de intensa tribulación. [...]

Estaba junto a la cruz y contemplaba llena de pesadumbre la dulcísima cabeza de su Hijo, ungida con aceite entre todos sus compañeros, golpeada con la caña y corona de espinas. Veía al más bello de los hombres sin figura ni belleza; veía al que se eleva sobre todos los pueblos despreciado y rehuido; veía al más Santo de los santos crucificado entre los pecadores y malhechores; veía humillados los ojos del más sublime de los hombres; veía pender, inclinada la cabeza, a aquel que con sus hombros sostiene el universo; veía como se marchitaba el serenísimo rostro de Dios y como se ocultaba su hermosura. [...]

¡Cuán lleno de veneración, de devoción y de lágrimas es el recuerdo de los dolores gloriosos de aquella alma santa, de las angustias que soportó en la muerte de Cristo! El pálido rostro de Jesús hizo palidecer el rostro de su Madre. Él padeció en el cuerpo, ella en el corazón. [...] La muerte del Señor le fue más amarga que la misma muerte. Y aun cuándo, instruida por el Espíritu, no dudaba de la resurrección, no por eso dejó de beber el cáliz del Padre y de experimentar la hora de la pasión. De esta hora le habló proféticamente el venerable anciano Simeón cuándo le dijo: Y a ti una espada te traspasará el corazón (Lc 2,35). ¡Oh Señor Jesús [...] tu no perdonaste ni a tu santísima Madre la espada de dolor que atravesó su alma! [...]

Con razón la Virgen prorrumpió aquellas palabras que convienen principalmente a Cristo: Vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al que me atormenta (Lm 1, 12). ¡Qué sufrimiento tan agudo y tan intenso! ¡Y cómo se comportó la Virgen en aquellas circunstancias! ¡Ay de mí, cuánto distaba entonces de aquella que, en medio de los coros celestiales, atendía a su Hijo recién nacido, cuando los pastores lo glorificaban y los magos lo adoraban ofreciéndole sus místicos dones! Pero ella era otra no en virtud, sino por la tristeza; no en gracia, sino por la angustia. Porque - al pie de la cruz - su virtud se acrecentaba y su gracia se multiplicaba. Por tanto, amadísimos, imitemos a la Madre del Señor; y en las pruebas de la vida no olvidemos su fortaleza, y mantengamos vivo en nosotros el recuerdo de su constancia.

RESPONSORIO

R/. Mientras Jesús moría en la cruz, María compartía entrañablemente su dolor. * Sostenida por el amor materno, se abrazaba a la cruz de su Hijo.

V/. Una lanza traspasó el costado de Cristo, una espada atravesó el alma de la Virgen.

R/. Sostenida por el amor materno, se abrazaba a la Cruz de su Hijo.

O bien:

Del tratado Sobre el triunfo de Cristo de san Lorenzo Justiniano, obispo

(Cap. 18: *Opera omnia*, ed. Venecia 1720, pp. 271-272)

Te confío a la Iglesia en la persona del discípulo

[En el Calvario, la Virgen] estaba profundamente afligida por todo lo que veía y, sin embargo, permanecía al pie de la cruz. Un triple lazo la mantenía sujeta allí, a saber: la aflicción, la admiración y el amor.

Por la aflicción, porque ahora, en el momento en que sufre su Hijo, es cuando la espada de dolor atraviesa su alma. Y así, con el corazón traspasado e interiormente crucificada, ¿cómo podría apartarse de allí?

Por la admiración, pues ella meditaba en silencio quién era el que pendía de la cruz. Sabía que era Dios verdadero; por naturaleza impasible, inmortal, invisible y feliz. Por eso, cuantas veces consideraba estas cosas en su corazón, al advertir que su Hijo era a la vez pasible e impasible, mortal e inmortal, visible e invisible, colmado de tristeza y lleno de dicha eterna, quedaba muda de estupor. ¿Cómo no estar arrebatada de asombro e inmóvil, si, como dice la Escritura, el que se atreve a escrutar la majestad divina será cegado por la luz de la gloria? (cf. *Prov* 25, 27). [...]

Por el amor, porque era su único Hijo, el más bello y santo de los hombres, de una conducta dignísima, lleno de virtudes, enriquecido con toda clase de gracias. El vínculo del amor materno le impedía separarse de allí.

La admiración y el amor habían formado como dos riachuelos que brotaban sin cesar del venero del dolor y cuya crecida originó un impetuoso torrente de angustia en el corazón de la Virgen. Por eso, a ella se le pueden aplicar las palabras del libro de las Lamentaciones: *Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: ¿Hay dolor como mi dolor?* (*Lm* 1, 12). [...]

Jesús vio a su Madre extenuada bajo el peso de un inmenso dolor y, junto a ella, al discípulo amado que la consolaba; movido a compasión, sufriendo por el dolor de ellos no menos que del propio, dijo entonces a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo (*Jn* 19,26). [...]

Te encomiendo como hijo al discípulo que amo más que a los otros, para que sea tu compañero y al mismo tiempo el custodio de tu virginidad intacta. Te obedecerá como un hijo, y tu encontrarás en él un consuelo semejante al que hallabas en mí.

Sabe también que en esta recomendación del discípulo se encierra un misterio arcano. Él, en efecto, es figura de la Iglesia, que es inmaculada y virgen. Esta Iglesia es la que te confío en la persona del discípulo. Amala como me amas a mí, robustécela con tus exhortaciones, afianzarla con tus consejos, instrúyela con tus ejemplos. [...] Quiero, por tanto, que en todo la tengas como hija, que la protejas con tus oraciones y que la guíes hasta mí, llena de virtudes. A ella ordenaré asimismo que te venere como madre, que te ame, que se refugie en ti. [...]

Al discípulo le dijo: He ahí a tu madre (*Jn* 19, 27), sírvela, hónrala, tenla en lugar mío. La veneración y todas las atenciones que tengas para con ella las consideraré como si me las hicieras a mí. En la presente angustia, sé su dulce consolador, su compañero inseparable, su hijo obediente. [...] Dichas estas palabras, al arreciar el dolor y aproximarse la hora de la muerte, cesó de hablar. Y desde ese momento, y en adelante, el discípulo la recibió en su casa, como le había mandado el Señor.

RESPONSORIO

R/. La Virgen dolorosa, al pie de la cruz del Señor, * Recibió como hijos a todos los hombres, que por un designio del amor divino le habían sido confiados.

V/. Prodigia su afecto materno tanto a los que ignoran como a los que reconocen que han sido redimidos por Cristo.

R/. Recibió como hijos a todos los hombres, que por un designio del amor divino le habían sido confiados.

Himno Te Deum.

La oración conclusiva come en Laudes.

Laudes

HIMNO

La muerte ha teñido con sombras y espejismos
su carne traspasada por un puñal atroz.
Es ella quien prolonga la pasión de su Hijo
y llora con su muerte y gime en su dolor.

Jesús no siente nada. Su carne no animada
con plena indiferencia la lanza recibió;
no fue así con María cuyo pecho sentía
el filo de la espada sangrando el corazón.

Su Madre lo recibe sin vida entre sus brazos,
cual única heredera de toda la Pasión;
más semillas de gozo germinan en sus penas
vislumbrando el «domingo» del jubilo de Dios.

¿Qué serafín podría amar como María?
¿Qué mártires sufrieron como ella padeció?
Comparte con nosotros, intercesora y madre,
el dolor gigantesco que a ti te engrandeció.

A Cristo tributemos la gloria y la alabanza,
porque a su cruz te asocia con vínculos de amor.
¡Con tal de merecernos el gozo de los cielos,
hasta tales extremos llevo nuestro Señor! Amén.

SALMODIA

Ant. 1 Si hemos muerto con Cristo,
creemos que también viviremos con él.

Los salmos y el cántico, del domingo de la semana I.

Ant.2 Llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús,

a fin de que también la vida de Jesús
se manifieste en nuestro cuerpo.

Ant.3 La predicación de la cruz
es locura para los que se pierden;
más para los que se salvan, fuerza de Dios.

LECTURA BREVE

Zac 12, 10

Derramaré sobre la descendencia de David y sobre los habitantes de Jerusalén, un espíritu de piedad y de compasión y ellos volverán sus ojos hacia mí, a quien traspasaron con una lanza. Harán duelo, como se hace duelo por el hijo único y llorarán por él amargamente, como se llora por la muerte del primogénito.

RESPONSORIO BREVE

cf. Ap 1,7; 5, 12; Jn 1,29

R/. Miren, Cristo viene acompañado de nubes; todos le verán, hasta los que le traspasaron, * Por él harán duelo todas las razas de la tierra.

Miren, Cristo viene acompañado de nubes; todos le verán, hasta los que le traspasaron, por él harán duelo todas las razas de la tierra.

V/. He aquí el Cordero inmolado que quita el pecado del mundo. * Por él harán duelo todas las razas de la tierra.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Por él harán duelo todas las razas de la tierra.

Benedictus, ant.

Alégrate, santa Madre de Dios,
unida íntimamente a tu Hijo:
en el Gólgota lo ofreciste al eterno Padre
junto con el holocausto de tu corazón materno
por la salvación del género humano.

PRECES

Invoquemos a Dios Padre, autor de la vida, que asoció a María, mujer fuerte, en la obra del Redentor, y digámosle:

Sálvanos, Señor, por tu amor.

Padre, tú dispusiste que tu Hijo, nacido de la Virgen, fuera luz de las naciones y signo de contradicción,

- haz que, como peregrinos en este mundo, sigamos los pasos de Cristo, luz en las tinieblas, y en la vida diaria lo reconozcamos como guía.

Padre, muchos rechazan a tu Hijo, como otrora persiguieron a los profetas,

- concédenos darle siempre hospitalidad bajo nuestro techo.

Padre, tú inspiraste una gran fe a María, tu humilde sierva, cuando estaba junto a la cruz de tu Hijo,

- concédenos la esperanza que enjuga las lágrimas y la fe que disipa el temor.

Padre, la Virgen María confortó a la Iglesia de los primeros tiempos, afligida por la persecución,
- concédenos una solicitud semejante a la suya, paraqué llevemos el peso de los oprimidos y luchemos por su libertad.

Padre, tú nunca nos pruebas más allá de nuestras fuerzas,
- haz que, sostenidos por el auxilio de la Madre de los vivientes, comprendamos la eficacia de la cruz.

Se pueden añadir algunas intenciones libres

[Siguiendo el ejemplo de Cristo, el cual, clavado en la cruz, cumplió la voluntad del Padre y pidió perdón por sus perseguidores, oremos al Padre celestial, diciendo:]

Padre nuestro

ORACIÓN

Dios nuestro, que quisiste que al pie de la cruz de tu Hijo estuviera también su Madre compartiendo su pasión, concédenos participar cada día más de los frutos abundantes de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Señor, Dios nuestro, por un designio misterioso de tu providencia completas con las infinitas cruces de los hombres lo que falta a la pasión de Cristo; concédenos que, como María estuvo junto a la cruz de tu hijo moribundo, así nosotros, a imitación suya permanezcamos junto a los hermanos que sufren para darles consuelo y amor. Por nuestro Señor Jesucristo.

Hora intermedia

Las antífonas y los salmos se toman del día correspondiente.

Tercia

LECTURA BREVE

Lam 1, 12

Ustedes, los que pasan por el camino, miren y vean si hay dolor semejante al dolor que me atormenta; así me ha herido el Señor al encenderse su ira contra mí.

V/. De mi vida errante llevas tu la cuenta.

R/. Recoge mis lágrimas en tu odre.

Sexta

LECTURA BREVE

Lam 1, 16-17a

Por eso lloro, y ojos se deshacen en llanto, porque no tengo quien me consuele, nadie que me reanime. Mis hijos están desolados, porque ha triunfado el enemigo. Sión extiende sus manos pero nadie puede consolarla.

V/. Escuchen pueblos todos, y miren mi dolor.
R/. Oigan como gimo: no hay quien me consuele.

Nona

LECTURA BREVE

Lam 1, 20ab; 2, 13

¡Mira, Señor, que estoy angustiada; mis entrañas se estremece, mi corazón tiembla en mi interior!
¿A quién te asemejas, a quién te pareces, ciudad de Jerusalén? ¿A quién te compararé para consolarte, doncella de Sión? Tu herida es como el mar. ¿Quién te podrá curar?

V/. Al ir, iban llorando, llevando la semilla.
R/. Al volver, vuelven cantado, trayendo sus gavillas.

La oración conclusiva como en Laudes.

Vísperas

HIMNO

Virgen de la soledad:
rendido en gozos vanos,
en las rosas de tus manos
se ha muerto mi voluntad.

Cruzadas con humildad
en tu pecho sin aliento,
la mañana del portento,

tus manos fueron, Señora,
la primer cruz redentora;
la cruz del sometimiento.

Como tu te sometiste,
someterme yo quería:
para ir haciendo mi vía
con sol claro o noche triste.

Ejemplo santo nos diste cuándo,
en la tarde deicida,
tu soledad dolorida
por los senderos mostrabas:
tocas de luto llevabas,
ojos de paloma herida.

La Fruta de nuestro bien
fue de tu llanto regada:
refugio fueron y almohada

tus rodillas, de su sien.

Otra vez, como en Belén,
tu falda cuna le hacía,
y sobre él tu amor volvía
a las angustias primeras...
Señora: si tu quisieras,
contigo le lloraría. Amén.

SALMODIA

Ant. 1 Cristo pendía del madero,
María estaba junto a la cruz.

Salmo 115

Sentimientos del justo que sufre por el Señor

El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo voy a beber? (Jn 18, 11).

Tenia fe, aun cuándo dije:
«!Qué desgraciado soy!»
Yo decía en mi apuro:
«Los hombres son unos mentirosos».

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Vale mucho a los ojos del Señor
la vida de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis
votos en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

Ant. 1 Cristo pendía del madero,
María estaba junto a la cruz.

[ORACIÓN SÁLMICA

Señor, tu Hijo clavado en la cruz alzo la copa de nuestra salvación, y su muerte, al entregarse inocente por los pecadores, fue de inefable valor a tus ojos; haz que nosotros bebamos cada día el

cáliz de la Pasión para que, al llegar al ocaso de la vida, nos ofrezcamos a ti como sacrificio de alabanza agradable a tus ojos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.]

Ant.2 Jesús, estando en la cruz,
encomienda Juan a su madre como hijo;
y al discípulo entrega María como madre.

Salmo 140

La oración del justo afligido es como incienso en la presencia del Señor

Se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor (Ef 5, 2).

Señor, te estoy llamando, ven de prisa,
escucha mi voz cuando te llamo.
Suba mi oración como incienso en tu presencia,
el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde.

Coloca, Señor, una guardia en mi boca,
un centinela a la puerta de mis labios;
no dejes inclinarse mi corazón a la maldad,
a cometer crímenes y delitos;
ni que con los hombres malvados
participe en banquetes.

Que el justo me golpee, que el bueno me reprenda,
pero que el unguento del impío
no perfume mi cabeza;
yo opondré mi oración a su malicia.

Sus jefes cayeron despeñados,
aunque escucharon mis palabras amables;
como una piedra de molino, rota por tierra,
están esparcidos nuestros huesos a la boca de la tumba.

Señor, mis ojos están vueltos a ti,
en ti me refugio, no me dejes indefenso;
guárdame del lazo que me han tendido,
de la trampa de los malhechores.

Ant. 2 Jesús, estando en la cruz,
encomienda Juan a su madre como hijo;
y al discípulo entrega María como madre.

[ORACIÓN SÁLMICA

Padre santo, cuándo tu Hijo, el Cordero sin mancha, se ofrecía en el ara de la cruz, tu quisiste que al pie de ella estuviera María, su madre y cooperadora: haz que también nosotros, en comunión y a

ejemplo de la Virgen Madre, te presentemos como ofrenda de la tarde una vida agradable a ti. Por Jesucristo, nuestro Señor.]

Ant. 3 Desde la cruz
proclama a la Virgen madre universal,
cuándo en la persona de Juan
le confía a todos los hombres.

Cántico 1Pe 2, 21b-24

Pasión voluntaria de Cristo, Siervo de Dios

Cristo padeció por nosotros,
dejándonos un ejemplo
para que sigamos sus huellas.

Él no cometió pecado
ni encontraron engaño en su boca;
cuándo le insultaban,
no devolvía el insulto;
en su pasión no profería amenazas;
al contrario,
se ponía en manos del que juzga justamente.

Cargado con nuestros pecados subió al leño,
para que, muertos al pecado,
vivamos para la justicia.
Sus heridas nos han curado.

Ant. 3 Desde la cruz
proclama a la Virgen madre universal,
cuándo en la persona de Juan
le confía a todos los hombres.

[ORACIÓN SOBRE EL CÁNTICO

Al mirar, Señor, a Cristo levantado en la cruz nos sentimos atraídos a él por el amor, pues, siendo inocente, cargó con nuestros pecados y soportó con mansedumbre un juicio inicuo; haz que nosotros, siguiendo sus huellas, afrontemos con serenidad las adversidades de la vida y a nadie devolvamos mal por mal. Por Jesucristo, nuestro Señor.]

LECTURA BREVE

Heb 9, 26-28

Hermanos: Cristo se manifestó una sola vez en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Y así como está determinado que los hombres mueran una

sola vez y que después de la muerte venga el juicio, así también Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. Al final se manifestará por segunda vez, pero ya no para quitar el pecado, sino para la salvación de aquellos que lo aguardan, y en él tiene puesta su esperanza.

RESPONSORIO BREVE

R/. Acerquémonos con confianza a Cristo, * Para que alcancemos misericordia.

Acerquémonos con confianza a Cristo, para que alcancemos misericordia.

V/. Ante él intercede la Virgen María. * Para que alcancemos misericordia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Acerquémonos con confianza a Cristo, para que alcancemos misericordia.

Magnificat, ant.

Cuándo el día declinaba,
colgado en la cruz, el Señor Jesús,
cuyos dolores compartía la Madre de la Iglesia,
adquirió con su sangre al pueblo de Dios.

PRECES

En la hora del sacrificio vespertino que Cristo, en la plenitud de los tiempos, ofreció al Padre por la salvación de los hombres, oremos diciendo:

Salva, Señor, al pueblo que has redimido.

Cristo, Salvador nuestro, en cuya pasión una espada de dolor atravesó el corazón de la Virgen,
- no permitas que nuestra fe caiga en las oscuras redes de la incertidumbre o del desaliento.

Cristo, Redentor nuestro, que en la hora de la cruz reconociste a la Madre que te había concebido,
- haz que nosotros te confesemos siempre verdadero Dios engendrado por el Padre y verdadero hombre nacido de la Virgen María.

Cristo, Maestro nuestro, que desde la cátedra de la cruz revelaste el misterio escondido desde el principio del mundo,
- haz que rehusemos la sabiduría de este mundo y comprendamos la locura de la cruz.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Cristo, Sacerdote nuestro, que desde el altar de la cruz descendiste al lugar de los muertos para liberar a nuestros padres de las ataduras de la muerte,
- haz que nuestros hermanos y hermanas difuntos escuchen tu voz que los invita a entrar en el paraíso.

[Las palabras de Cristo moribundo sellaron su enseñanza: por eso, fijos nuestros ojos en la cruz, digamos la oración del Señor, animados de sus mismos sentimientos:]

Padre nuestro.

La oración conclusiva como el Laudes.